

FUENTE, Inmaculada de la: *Mujeres de la posguerra*. De Carmen Laforet a Rosa Chacel, Barcelona, Planeta, 2002.

CHACÓN, Dulce: *La voz dormida*, Madrid, Alfaguara, 2002.

Afirmaba Ortega y Gasset en su excelente ensayo sobre Baroja que la misión primaria y esencial de la crítica "no era evaluar los méritos de una obra, sino definir su carácter". Y aunque esta definición resulte, así de pronto, demasiado tajante y un poco imprecisa, es evidente que para definir el carácter de una obra es preciso previamente haberla entendido.

En este sentido, estamos ante dos obras de difícil catalogación. La visión reduccionista que impera en el mercado editorial español, conforme a la cual los libros o son realidad o son ficción, ha considerado acertado incluir la obra de Inmaculada de la Fuente dentro de la primera clasificación, atribuyéndole posteriormente diversas etiquetas que se deslizan desde crítica literaria hasta ensayo feminista. Por el contrario, la obra de Dulce Chacón ha sido catalogada dentro del género de ficción, considerándola una novela, lo que ha servido de argumento a ciertos historiadores para considerarla una obra fallida. Pero todas estas opiniones son no sólo decir muy poco, sino privar a ambas obras de lo que constituye probablemente su más enriquecedora aportación.

Ambos libros pertenecen a ese territorio común y de imposible definición que desde la década de los 70, con la quiebra de la hegemonía de la llamada «historia científica», comparten la historia y la literatura y que nada tiene en común con ese híbrido conocido como «novela histórica». La persona, el círculo familiar, el amor, el sexo, el símbolo, las relaciones sociales, la mujer silenciada, todo esto ha producido la disolución de la Historia en miles de historias, y captar la realidad

supone entrecruzar las múltiples imágenes proporcionadas por ella y elevar el análisis de lo particular a detonante de una realidad más amplia y compleja, de modo que tanto por los temas como por la narración, la historia y la literatura han recuperado, para bien de los lectores y estudiosos, una gran y vieja aproximación.

Sólo desde esta óptica puede el lector apreciar en toda su amplitud las dos obras mencionadas, proporcionándole de este modo algo más que una amena y emotiva aproximación a un periodo de la historia de España, la guerra civil y la larga posguerra, que es protagonizado exclusivamente por mujeres cuyo destino (pues en su mayoría su ciclo vital desgraciadamente se ha cumplido, aunque quedan algunas en plena actividad) estuvo marcado por unas coordenadas decididas y definidas únicamente por hombres.

Inmaculada de la Fuente, periodista y Licenciada en Historia, estructura *Mujeres de la posguerra* en dos grandes bloques, la posguerra interior y el exilio. En el primero, a su vez separa *Los desolados cuarenta* que giran en torno a la biografía de Carmen Laforet, del *Lento despertar de los cincuenta*, donde asistimos a la peripecia vital y literaria de mujeres con unos perfiles personales, literarios y políticos muy distintos entre sí, como lo son los de Carmen Martín Gaité, Ana María Matute, Josefina Aldecoa, Mercedes Fórmica, Mercedes Salisachs y Dolores Medio. A pesar de estas diferencias, la autora, con intención o sin ella, se sumerge en sus vidas utilizando unos hilos conductores que sirven al lector para extraer unos rasgos comunes que las sitúan en una misma generación de escritoras:

comenzaron a publicar sus libros cuando apenas tenían veinte años, existe una cierta tendencia biográfica en sus obras, sus protagonistas se encuentran con seres solitarios, poseen un modo de vivir propio que las aparta de las normas sociales de una burguesía pacata y provinciana. Aunque sus personajes no tienen una orientación clara, no dejan de reaccionar ante la injusticia que les rodea con una actitud de desafío en contra de las normas tradicionalmente aceptadas. También se mencionan otros nombres como los de María Campo-Alange, Elena Catena, Lili Álvarez..., mujeres que, con palabras de Inmaculada, fueron: "señoras bien e ilustradas, algunas de ellas universitarias, trataron de que los rigores del franquismo no les aguaran la fiesta, pero contemporizaron con la Sección Femenina y, cuando dejaron oír su educada voz de mujeres pidiendo paso, se sintieron a salvo de toda sospecha" (p. 99).

Las escritoras exiliadas constituyen igualmente un conjunto de personalidades muy dispares, pero por lo que respecta a ellas, y a diferencia de las anteriores, su postura de oposición y lucha contra el régimen no ofrece ninguna fisura.

Todas ellas se forman como mujeres e intelectuales en el periodo de la Segunda República y alcanzan su madurez durante la Guerra Civil. Vivieron y trabajaron en un Madrid, donde a pesar de las trabas y discriminaciones impuestas a su sexo, las mujeres (literatas, pintoras, políticas y pedagogas) desempeñaron un papel hasta entonces impensable y todas ellas, como pone de manifiesto la autora, marcaron con huella indeleble la cultura y la política españolas del primer tercio del siglo XX. Se analiza la aportación a la modernidad de Rosa Chacel, Mercè Rodoreda, M^a Teresa León y Concha Méndez para la literatura, María Zambrano para la filosofía y Maruja Mallo para la pintura.

El sustrato común a estas trece experiencias vitales tan distintas, a este caleidoscopio biográfico tratado con desigual profundidad por la autora, es la profunda vivencia de la soledad, su apego a ella, a la que habría que unir la resistencia ante las adversidades, la preeminencia de la inteligencia y los sueños cuando lo cotidiano se derrumba.

El contrapunto de estas voces sonoras y reconocidas lo constituyen las silenciadas y anónimas de la *Voz dormida* de la escritora y poeta Dulce Chacón. Fueron muchas las mujeres que lucharon con la República y que, a causa de ello, vivieron la barbarie de las cárceles franquistas. Partiendo de estos «documentos vivos», tal y como Michelet denominaba a sus informantes orales, Dulce Chacón ha escrito una novela desde la emoción, que es una de las posiciones sin duda más acertadas desde la cual hacer ficción a partir de una experiencia de Historia, en este caso la experiencia de las víctimas.

La estructura de la novela, a imagen del coro griego en las tragedias, se articula en pequeños capítulos en los que la escritora va desgranando la vida de sus personajes, mujeres de ficción que han crecido con los recuerdos reales de las auténticas protagonistas de aquella historia.

Dulce Chacón, a pesar de no ser historiadora, emplea la metodología de la historia oral con rigor y corrección. En este sentido, es consciente de que la utilización del documento vivo plantea dos problemas que suelen provocar el escepticismo sobre su validez y que son la veracidad de la información y su representatividad.

La manera habitual de hacer frente a esta dificultad es realizando una triple confrontación, con documentos escritos, con otros testimonios y con las diversas fases de la persona que recuerda. Requisitos todos ellos observados por la autora, quien acopla sin estridencias la metodología histórica a la creación literaria o

viceversa, sin que al lector le preocupe en ningún momento si lo narrado sucedió o no, porque todo lo que *la voz dormida* muestra se sabe verídico: el frío y las liendres, la disentería y el tifus, la crueldad de las carceleras, el expolio y la codicia, con un fondo de canciones de Concha Piquer o de Miguel de Molina. Todo lo que narra también lo es: las derrotadas que se inclinan pero no se quiebran, las estrategias para sobrevivir, el recuento entrecortado de los fusilamientos que marcan implacables la vida de dentro y la vida de fuera, aunque, a veces, la autora olvida que sus mujeres son víctimas, no santas.

Ninguna de las dos obras aporta en sus respectivos temas nada nuevo, ninguna de sus autoras parece pretenderlo. Ambas tienen predecesoras y son deudoras directas de nombres como los de Lidia Falcón, Juana Doña, Tomasa Cuevas, Mercedes Núñez, Fernanda Romeu, Shirley Mangini..., pero las vivencias de sus protagonistas, de todas ellas, tienen una dimensión colectiva que nos ayuda a regresar a todo lo que fue nuestro, más allá de las tachaduras de la historia, más allá de pragmatismos políticos.

Mercedes Montero Caldera